

La calle para el martes 25 de septiembre de 2007
Diario de un espectador
Marcel Marceau
por miguel ángel granados chapa

Al dar cuenta de la muerte de Marcel Marceau, ayer por la mañana en la Plaza pública de Radio Universidad dedicamos treinta segundos a oírlo, es decir nos quedamos callados durante medio minuto, en homenaje a este artista del silencio, que murió el sábado en París. Hizo bien Julieta Riveroll al recordar ayer en Reforma las premonitorias palabras de Fernando de Ita (recogido hoy en su refugio apanense) escritas en el año 2000, tras la enésima visita del gran mimo francés a nuestro país:

“Bip, ese juglar del Renacimiento convertido en clochard del siglo XX reflexiona constantemente sobre la muerte, porque fue su semilla, su cuna, su horizonte y su destino inevitable, porque un día ya no estará con nosotros”.

Ese día ha llegado. Su hija Aurelia lo anunció el domingo, sin precisar la causa de su fallecimiento, por una discreta decisión de la familia. No importa, sin embargo, que el misterio vele el momento final de Marcel Marceau si la claridad y la transparencia de sus gestos, tan elocuentes, signaron su vida desde que apenas terminada la Segunda guerra mundial, a los 23 años de edad, se consagró al mimodrama, primero como alumno de Ettiene Decroux, otro genial gestoparlante. Marceau había nacido en Estrasburgo y pasó a vivir a Limoges para eludir la persecución nazi, a la que su padre no pudo escapar y que lo condujo, como a millones de judíos, al cruel asesinato en Auschwitz. Su joven hijo combatió en la Resistencia la invasión de los bárbaros hasta conseguir la liberación de París, donde radicó a partir de entonces.

En realidad, la capital francesa fue más que su residencia su punto de partida y retorno porque su oficio era el de un trashumante, que va no sólo de plaza en plaza sino de país a país. En 1947 creó el personaje al que dio vida miles de veces: Bip, un rostro pintado de blanco, con la boca refulgente para hacer contraste y las cejas y las ojeras igualmente subrayadas para dar mayor elocuencia a los visajes y ademanes. Informó desde siempre que aun el nombre de su creación se inspiraba en Pip, un personaje de Dickens, de su novela Grandes esperanzas, que es un estrujante relato de la frustración vital permanente de Phillip Pirrip, cuyas grandes esperanzas no se cumplen jamás.

A diferencia de Pip, Bip era capaz de sonreír y lograba hacer sonreír a su público, que creció hasta sumar millones de admiradores en todo el mundo, especialmente cuando a partir de 1955 realizó giras fuera de Francia. En ese año viajó por primera vez a México, a donde volvió más de una veintena de veces. En la última de ellas, en 2004, tuvimos ocasión de disfrutar y conmovernos con su arte en el Auditorio nacional. A las afueras del monumental edificio fue develada una placa para conservar la huella de su paso por ese escenario. Al agradecer el homenaje expresó, esta vez utilizando palabras, su proximidad con nuestro país: “Su pueblo es poético, místico y profundo, y me siento muy honrado porque amo a México”

Recordó que en su primera gira a nuestro suelo, casi medio siglo atrás, había descubierto la cultura mexicana, que le gustaba mucho, por “la sensibilidad que (los mexicanos) tienen hacia el arte”.

En 2003 había hecho cuentas: “He venido a México unas veinte veces y siempre me he sentido muy ligado a la cultura de este país; conocí a Luis Buñuel, a Diego Rivera, a Frida Kahlo; soy amigo de Alejandro Jodorowsky; siempre sentí que este público entendía bien el concepto de humor en silencio”. Dijo entonces haber hecho un ofrecimiento a un funcionario del gobierno mexicano: “si quisieran que yo diera clase a los mimos callejeros, podría venir a hacerlo. Si ellos no pueden ir allá, pues que hagan venir a Marceau a dar un curso de quince días”.

Nadie hizo caso de su ofrecimiento. De lo que nos perdimos.